

TEXTO COLECTIVO: 26 DE ABRIL DE 2010

Autores: Polo Juárez, Claudia Bordon, NegroYGucha, Ana María Demarchi, Carolina Carolinita y Patri Lerner

"Lunes otra vez, sobre la ciudad. La gente que ves vive en soledad..." La canción quedó de fondo y el locutor comenzó con la tanda de noticias: "Según la agencia REUTERS, el 2018 fue un año de cosechas record en todo el mundo. Y las previsiones para este año son más que positivas. El tenista argentino Guillermo Santoro volvió a clasificar para el torneo "Salvemos la tierra". Científicos ingleses han demostrado en una simulación de laboratorio que las células madre del pato Marrueco desarrollan una enzima que prolonga la vida. El Consejo Nacional de Municipalidades dictó una nueva ordenanza sobre la deposición de residuos hogareños: los residuos tóxicos, en bolsas color rojo; los neutros, en bolsas verde, y los cadáveres humanos (sean propios o hallados en la vía pública) en las bolsas provistas por la autoridad sanitaria. Esas negras con cierre hermético. Y ahora, la nueva canción de Shakira: Bailando en la terraza con mi suegro..."

Irene apaga la radio y mira hacia la ventana. Se resiste a enfundar a su abuelo en una bolsa negra y depositarlo junto a las cajas de televisores plasma y los atados de telgopor.

"¿Cuáles habían sido las últimas palabras del abuelo?"

Cómo olvidar semejante confesión... Es que ni en mil años se lo hubiera imaginado. Cómo se atrevía a dejarla a ella con semejante secreto... ¿y ahora qué iba a hacer? ¿Se lo guardaba para ella o se lo contaba a aquella mujer? ¿Estaría viva, todavía?"

Ella es una chica de antes. De antes, cuando estaba bien visto llorar a los seres queridos y cuando uno pasaba por un período de duelo. Ahora era todo tan diferente... los sentimientos parecían extinguirse con cada muerto, y cada cuerpo se trataba del mismo modo en que se trata un par de zapatos viejos, gastados, agujereados. Estaban tirados por la calle, y la gente solo advertía esto cuando el olor se hacía demasiado penetrante.

Esa maldita condición humana de pretender ser eterno había arruinado todo. Las personas que antes solían ser abuelitos eran hoy simulacros ridículos de adolescentes. Ella siempre se preguntó de qué tamaño debía ser el ego de las personas que determinaban vivir por siempre.

-Simulación de laboratorio -dijo para sí, ofendida- nos creen estúpidos, si ya todos lo sabemos.

Irene hablaba consigo misma. Los medios seguían ocultando la verdad: atrasaban la noticia de algo que hacía años se venía aplicando. La inmortalidad ya era un hecho, y era cada vez mayor la cantidad de personas que optaban por no morir jamás. Y eran cada vez menos las personas, como Irene, que militaban hasta la violencia contra estos.

Ella era perseguida, y cada vez se sentía más atrapada: Los servicios secretos del mundo la tenían en la mira, a ella y a otros tantos. No toleraban esta desobediencia.

La grandes divas del país y los más poderosos empresarios, quienes hacía rato debieron haber muerto, atacaban en cadena nacional a los "disidentes".

Irene alimentaba a su gato cuando un golpe en la puerta la dejó congelada. Solo una persona conocía la ubicación de su escondite.

"¡Ale!", se dice Irene al tiempo que se dispone a abrir la puerta y piensa si debe confesarle el secreto del abuelo... Tal vez, aunque sea para sentir que no le resulta una carga intolerable. En Ale puede confiar, es su amigo del alma, sí, puede confiarle hasta la vida y eso es lo que hará.

Abrió la puerta con cuidado, despacio. Ale husmeaba con su nariz, hasta que el espacio fue el suficiente para poder entrar.

Con solo percibir el tono de su voz al saludarlo, Ale comprendió que algo no estaba bien, solo dijo "contame". Después de una hora y media, dos tazas de café estaban intactas en la mesa. Lo dijo mientras miraba por la ventana, la fina lluvia que caía en el valle: "Es lo que esperábamos, una señal, es 'el' momento, tenemos que hacerlo".

Ale, Irene y otros, habían secuestrado al pato Marrueco sobre el que se habían hecho las pruebas de células madres. Lo tenían escondido detrás de una pared que sólo se abría con el reconocimiento de voz de Ale o Irene. Un pequeño hueco, donde estaba el rehén, daba a la cocina y permitía el ingreso de las píldoras de alimento y el aire. Afortunadamente no era necesario darle de comer todos los días.

Como no podía ser de otro modo, el pato estaba más vivo que nunca. Tenía tanta vitalidad que chocaba contra las paredes y emitía extraños sonidos.

Ya los vecinos habían percibido que había algo raro en la casa de Irene.

El abuelo Ignacio había formado parte del equipo científico responsable del descubrimiento, pero se retiró en disidencia al conocer la finalidad de los patrocinantes. Inicialmente, habían estudiado tres especies de patos: el pato de collar norteamericano, el pato marrueco y el pato criollo. El primero de ellos, de digestión constreñida, realizaba sus migraciones para defecar en tierras ajenas. El marrueco, como es ampliamente conocido, no llegaba a digerir sus alimentos que ya los estaba excretando. El pato criollo, en cambio, se tomaba su tiempo para digerir, casi rumiar su ingesta. En las tres especies prosperaba la enzima de la inmortalidad, pero en la marroquí -a costa de cagar constante e indiscriminadamente- se producía en mayores cantidades. Característica codiciada por la industria farmacéutica.

Antes de retirarse, don Ignacio había realizado algunas pruebas transversales: inyectando al pato marrueco 10 mililitros de sangre del pato criollo se neutralizaba el efecto "inmortalidad" y se provocaba, a los inoculados con la nueva mezcla, una fulminante diarrea. Como ya se sabía vigilado, el anciano guardó dos probetas con sangre de pato criollo en una maceta del jardín de su secretaria Eduvigés. Y antes de morir, le encomendó a su querida nieta Irene el siguiente plan: secuestrar al pato marrueco, inyectarle 12,5 mililitros de la sangre criolla y restituirlo secretamente al laboratorio. Como la inmortalidad requería de dos aplicaciones anuales, este plan constituía una manera incruenta de hacer cagar a buena parte de los indeseables del mundo.

Antes de salir, Irene cambió el formol en la pileta del baño, donde reposaban los restos mortales del abuelo. Con el atardecer a sus espaldas, junto a Alejandro partieron hacia la ciudad. Al llegar a la casa de Eduvigés, tocaron el portero eléctrico y una voz seca preguntó:

- ¿Quién molesta a estas horas?
- Erdosain -susurró Irene. Era la contraseña.

Se escuchó un suspiro entremezclado con una tos ronca y honda. Irene preguntó:

- ¿Va abrir?

- Sí, claro...

Mientras Irene esperaba en la entrada se preguntaba si ella, después de todos estos años, no había traicionado el ideal del abuelo.

Eduviges abrazó con fuerza a Irene.

- Mi querida, te estaba esperando ¿Cómo está tu abuelo? Me dijo ayer que me iba a llamar. Esperé todo el día de hoy.

Alejandro miró aturdido a Irene. Tomándola de un brazo la alejó de la secretaria de su abuelo y en el oído le susurró:

- ¿Tiene alzheimer? Tendríamos que haberle dado un "traguito de inmortalidad". Este caso lo ameritaba ¿Y ahora? ¿Sabés dónde están nuestros 12, 5 mililitros de la victoria?

- ¡Callate, Ale! Voy a tratar de seguirle la corriente

- Está un poco, eh, enclenque el abuelo. Le han empezado a doler las piernas, pero lo demás todo bien.

- ¿Desean tomar algo? -preguntó Eduviges.

- No, no te molestes, en realidad estamos un poco apurados, no quiero dejar tanto tiempo solo al abuelo.

-Decile -murmuraba Ale junto a su oído.

-Callate vos, dejame a mí -dice Irene en el mismo tono- Edu... el abuelo me envió a buscar eso que vos ya sabés.

- ¿Qué? ¿De qué estás hablando? -y luego de una pausa exclamó- Ahhhhhh sí!!!!!! esperá nena... lo prometido es deuda, esperame un ratito, ya vengo.

Desapareció en dirección a la cocina, la impaciencia de Alejandro, me ponía más tensa aún, la garganta seca de Irene no podía dar paso al aire, el pañuelo que sostenía en las manos, ya todo arrugado, parecía lanilla en sus manos. Eduviges llegó con un taper de color azul y tapa gris, no se podía ver lo que contenía. Irene se levantó rápido de la silla, se lo quitó de las manos -para desconcierto de su cara- y caminó hacia la puerta. Alejandro la detuvo: "¿No pensás ver?"; mientras Eduviges le decía: "Cuidado, apenas llegás lo pones en la heladera sino puaj... jejeje"

Abrió el taper y cuando Irene miró, Eduviges agregó:

- Hay gente que prefiere el budín de pan tibio, pero a Ignacio le gusta bien frío. Mientras lo decía, revoleaba las pupilas como una epiléptica. Alejandro apretó el brazo de Irene y con la otra mano le señaló la cara interior de la tapa del recipiente: un papel adherido con cinta de embalar y los gestos de Eduviges indicaban que a ella también la estaban vigilando. Su casa debería parecer Hollywood, de tantas cámaras y micrófonos.

- Bueno, Eduviges, nos vamos, ya es la hora de la medicina del abuelo.

Al besarle la mejilla, Irene le susurró: "Esta noche lo hacemos". La mujer asintió mientras les decía: "Chicos, salgan por el costado, que está más iluminado." Y los acompañó hasta la puerta.

Ya en el patio, Irene abrió la nota, que decía: "Está en el potus."

- ¿Qué es un potus? -preguntó Alejandro.

- Varios putos al revés... Vení, que yo sé.

Bordearon la casa, Irene encontró la maceta, revolvió la tierra y extrajo las dos probetas. Las envolvió en el papel y se las guardó en el corpiño. Saltaron el cerco trasero y cruzaron varios pasillos hasta salir al otro lado de la cuadra. Al llegar a la vereda, el budín ya recorría los intestinos de Alejandro.

Aún les restaba inyectar al pato marrueco y entregarlo sin novedades al grupo "B", quienes lo devolverían al laboratorio.

Solo quien ha tenido que atrapar una gallina en el patio puede imaginarse lo que fue agarrar al pato marrueco, excitado por el encierro y la inmortalidad. Cuando Irene logró convencer a su amigo de que los patos no muerden, lo dejó en sus manos y preparó la jeringa. Cuando al fin logró inyectarlo, el bicho comenzó a relajarse.

- Bueno, ya falta menos -suspiró Alejandro, mientras envolvía al pato en una bolsa de nylon, dejándole la cabeza afuera para que respire.

- Vamos, que en media hora comienza el toque de queda -apuró Irene.

Afuera, desde el cielo, los reflectores ya barrían las calles de la ciudad. Caminaron con paso rápido y firme varias cuadras, saltando en la penumbra a algunos "muertitos" que no habían sido embolsados.

En una esquina, sentado en el piso y pidiendo limosna, los esperaba el representante del grupo "B" disfrazado de linyera.

-¡Negro, te olvidaste de cambiarte las zapatillas! Dijo alarmado Alejandro que había advertido, a simple vista, que su amigo llevaba puesto el calzado más costoso del mercado- Si te quedás con el pato esperando al próximo te van a agarrar.

- ¡Nooooo, loco! ¿Y ahora qué hago? -Preguntó el bosquejo de indigente.

Irene estaba enojadísima, "Lo hacemos nosotros" -dijo con determinación- "¿Tenés la llave del laboratorio? ¡Dámela! Decile a Leandro que hay cambio de planes".

Sin grandes despedidas, Irene y Alejandro, se dirigieron hacia el laboratorio sabiendo que tenían que improvisar el plan de ingreso.

Agazapada tras el cerco de ligustrinas mutantes que rodea al laboratorio, Irene tiene un momento de zozobra: "Si nuestro plan depende de un grupo de pibes que calzan Reebok, estamos perdidos." El recuerdo de su abuelo flotando en formol la impulsó a seguir.

Tras sucesivos recortes presupuestarios, el laboratorio contaba con un jubilado de la policía como exclusivo encargado de seguridad, responsable de las luces encendidas y del jardín tropical que ornamentaba los fondos del edificio. Todo lo demás estaba confiado a un supersistema informático que, como todo sistema, podía ser desbaratado. En ese momento, al jubilado le tocaba regar las dalias polinesias, así que contaban con diecisiete minutos para entrar y salir.

Corrieron hacia la entrada, Alejandro conectó su teléfono celular a la alarma del edificio y descargó el virus que les daba acceso a las instalaciones. Un aroma agrio les anunció que el pato marrueco estaba despertando. Antes de que el pato pudiera decir ¡cuac!, lo introdujeron en su jaula dorada, un cilindro de acrílico antibalas.

Salieron por donde entraron, sin alarmas que sonaran ni rejas que lo impidieran. Ya en la calle, eludieron los trayectos más controlados y llegaron al punto de reunión: una casa de empeños en pleno centro metropolitano.

- Astrólogo -dijo Alejandro ante el micrófono del portero, y la puerta se abrió.
 - Che: ¿no fue demasiado fácil? -le preguntó a Irene mientras caminaban por el pasillo.
 - Sí, pero vamos a esperar el comunicado de mañana. Según lo que anuncien públicamente, veremos cómo sigue esto.

Luego de la reunión de evaluación, cada cual se acomodó como pudo para descansar unas horas. Salvo Irene, que no podía domar sus pensamientos y escuchaba radio en el celular. Nada; solo anuncios publicitarios y adivinanzas con premios dudosos. Girando el dial, sintió un voz conocida; Freddie Mercury cantando "Who wants to live forever". Una premonición:

"No hay tiempo para nosotros, no hay lugar para nosotros.

Qué es esta cosa que crea nuestros sueños, que a pesar de todo se nos escapan.

¿Quién quiere vivir para siempre, quién quiere vivir para siempre?

No hay oportunidad para nosotros, está todo decidido para nosotros.

Este mundo tiene sólo un buen momento desechado para nosotros.

¿Quién quiere vivir para siempre...?"

El tema fue como un canto de cuna para Irene. La inmortalidad de la obra de Queen le dio valor a la brevedad de la vida de los individuos. Se imaginó a Freddie que sólo conoció en videos, atrapado en la eternidad, deformado por cirugías estéticas y con la voz descuajeringada por el tiempo. Sintió que había hecho lo correcto y se durmió.

Despertó sintiéndose bien, descansada, como si hubiera dormido cien años. Saltó de la cama y miró por la ventana que da a la calle con la esperanza de ver caminando a más gente de su época que a dinosaurios con presunción de eternizarse. Encandilada con la luminosidad del día, que tomó como buen augurio, sintió que una mano se apoyaba en su hombro, se volvió y, Ale, mirándola con ternura le hizo un guiño cómplice al tiempo que preguntaba: ¿lo habremos logrado?

Irene respiró profundo, bajó la mirada y se asomó a la ventana. Alcanzó a retroceder una fracción de segundo antes de que el cristal estallara. ¡Granada lacrimógena! gritó y se tiró al piso. Entre las nubes de gas, los gritos y las arcadas, vio a las siluetas negras apoderándose de la habitación. Sintió sus piernas derretidas y se desplomó hasta el centro de la tierra. Caras espantadas, manos como banderas, destellos intermitentes, su cuerpo surcando el aire hasta estrellarse contra una banquetta. "Ale... jand..." Negro, todo negro.

- Así que vos sos Irene; bueno, yo soy el Maestro, y mi materia es Educación Cívica.

La voz era nasal y metálica, como electrónica. Pero provenía de una garganta humana, o al menos de un cuerpo que lo aparentaba. Una mueca de sonrisa desfiguraba el rostro hermafrodita del interrogador.

- Los dejamos entrar al laboratorio para seguirlos y llegar a su guarida, perejiles. Ahora descubrimos su plan: robarnos la fórmula de la inmortalidad. Ustedes son unos resentidos, no aceptan nuestro sistema por envidia. Es mentira toda esa ideología que declaman; quieren lo mismo que nosotros: controlar el mundo.

Desde una esquina del techo, la cabeza de Irene ve su cuerpo a merced del Maestro. Quiere decir algo, pero sus labios están allá abajo, o ella está en otro lado. No consigue reunir las ideas: "descubrimos su plan... controlar el mundo..."; ¿de qué habla este tipo?

- Tus compañeros cantaron, y ya están siendo sometidos a juicio. Pero quería conocerte personalmente. ¡Fallaste, pendeja! Y ahora vas a pudrirte en una granja de rehabilitación...

"¡Cagamos! Yo sabía que no teníamos que reclutar chicos nacidos en los '90. Estos pibes cantaron hasta el Himno Nacional..." pensó Irene angustiada.

- Bueno, acordate que por buena conducta podés salir a los noventa y nueve años... -alcanzó a decir el Maestro, antes de que un espasmo le sacudiera el cuerpo. Se llevó la mano a la espalda, quiso putear pero otro espasmo le frunció los labios. Levantó el puño como para golpear a su prisionera, pero sus entrañas lo expulsaron contra la puerta. Gritó a los guardias que le abrieran; nadie contestó. Volvió a tocarse la espalda, se agarró el estómago, pulsó unas teclas en la puerta y salió caminando con las piernas abiertas como John Wayne en "El Álamo.

Pasaron quince minutos, o tres horas, y nada. Irene desató las correas, se cubrió con un delantal blanco y salió al pasillo desierto. En una oficina consiguió ropas menos hospitalarias y llegó sin problemas hasta la calle. Claramente distinguió dos grupos de gente: la que miraba atónita el espectáculo y la que bajaba de sus automóviles, taxis o limusinas y corría desesperada en busca de un baño. Instintivamente caminó hasta un quiosco de revistas.

- ¿Qué pasa? -le preguntó al quiosquero antes de mirar la tapa de los diarios. No esperó la respuesta; los titulares anunciaban: "El Gobierno Nacional ha decretado la Emergencia Sanitaria por la Diarrea VIP."

Pagó el diario y volvió sobre sus pasos; tenía que reunir a sus compañeros. Después de todo, el pibe de las Reebok podría ser un buen Ministro de Deportes.